

La presente obra es el fruto de años de estudio y de admiración, a partes iguales, de la enorme figura de John Henry Newman, por parte del profesor John F. Crosby. Pretende, desde sus primeras páginas, desarrollar la audaz idea lanzada por Edwad Sillen, quien se atrevió a contemplar a Newman como un “Sócrates cristiano”, el pionero de una nueva filosofía de la persona individual y de la vida personal. A lo largo de su obra, el profesor Crosby va desarrollando el núcleo de esta filosofía, fruto lógico de un hombre “de la más elevada cultura y de la sensibilidad más exquisita, con una penetrante agudeza para las cosas humanas y divinas”. Y es que Newman, además de ser el líder del Movimiento de Oxford, sigue brillando con luz propia en nuestro tiempo por su pertinaz voluntad de encontrarse a sí mismo y de situar su vida en el lugar adecuado. Aunque ese no fuese un lugar ni fácil ni cómodo.

La tesis fundamental del libro es que en Newman hay una confluencia entre su teocentrismo y el personalismo, es decir, que su visión de Dios y de la persona confluye con lo que el personalismo expresa acerca del misterio de esta: un ser que es a la vez objetivo y subjetivo, racional y emocional, corporal y espiritual, biológico e imaginativo, individual y social. Mucho se habla en el libro de la *coincidentia oppositorum*, de la coexistencia en tensión de los opuestos. Newman, pues, sin haberse nunca calificado a sí mismo como personalista, desarrolla una teología y un pensamiento que coinciden en gran medida con los descubrimientos que esta corriente ha desarrollado y que se encuentran expresados en términos filosóficos en autores como Karol Wojtyła, Max Scheler o Juan Manuel Burgos.

Es destacable esta idea de la persona y de Dios, pues Newman se esfuerza en mostrar, por un lado, que las personas no somos partes o “momentos” de Dios, indiscriminadas e iguales como gotas de agua; las personas, en expresión de Karol Wojtyła, “vivimos como sujetos” (y no tanto como objetos), somos alguien y no algo, vivimos nuestro ser “desde dentro” y esto es lo que nos hace radicalmente diferentes. Para com-

prender al *alguien de alguien*, pues, hay que hacer el reajuste óptico de verle “desde dentro”, desde su dentro, y no “desde fuera”. El personalismo como corriente filosófica invita a considerar a las otras personas en primera persona, y no en tercera; no como si esto fuera un intento de apropiación indebida (a las personas no se las puede poseer, pues no son cosas), sino más bien como un acercamiento personal a una realidad que también lo es y que trasciende a las cosas.

Por otra parte, Newman muestra una imagen también personal de Dios. Crosby insiste en el libro en el espíritu teocéntrico de Newman y en su afirmación del principio dogmático. Cuando Newman habla de la Trinidad en sus sermones dedicados a esta fiesta, hace hincapié en el hecho de que Dios es el Señor, el increado, el perfecto. Independientemente del hombre y previo a él. Dios es por sí Persona y también convivencia personal, con independencia del honor o de la gloria que el hombre quiera o pueda tributarle. Es precisamente esta centralidad del misterio trinitario, que es un misterio de amor entre personas todas distintas, lo que fascina a Newman y lo que le conduce a refinar su conciencia, el órgano de percepción de lo divino, para desarrollar las actitudes teocéntricas, que son el temor, el celo y el amor. Actitudes que, si se expresasen con el lenguaje de Dietrich von Hildebrand, podrían ser calificadas como “respuestas al valor”.

Es consciente Crosby de que el estilo y los temas de Newman pueden quizá resultar extraños o lejanos al temple del hombre de nuestro tiempo; sin embargo, reconoce que el cardenal desprende la fascinación de otro hombre de vocación intelectual, como fue Kierkegaard, también profundamente agitado por cuestiones religiosas y por la vivencia que de ellas veía en su tiempo. Lo que de ambos resulta irresistible es justamente la atención hacia esas cuestiones.

Pero la obra del profesor Crosby viene también a dar respuesta a ciertas tendencias de nuestros días, que ya tienen cierto recorrido. Se hace mención en el libro, por ejemplo, a William James y a su idea de Dios como un ser justiciero y normativo. Dios es visto por James como juez y la vivencia de la religión, como opresiva; sin embargo, la actitud y el pensamiento de Newman muestran cómo esta manera de enfocar ambas cuestiones es, si no errada, al menos no demasiado precisa. Lo que es normativo y opresivo sobre el hombre es un racionalismo extremo, que se obstina en convertir la mente humana en la medida de todo, también Dios. Desde el punto de vista de Newman, el hombre precisamente *se libera* de esas limitaciones cuando admira el misterio de Dios y cuando reconoce que su intelecto no es medida para la infinitud. El hombre se

libera de la propia esclavitud de su razón cuando practica la adoración de un misterio que le supera.

En este sentido, se refleja en la obra el efecto que sobre las personas causaba este modo de enfocar el asunto divino, que era novedoso en tiempo de Newman y desde luego lo sigue siendo en el nuestro. Un joven asistente a sus sermones en Oxford dijo que “volvía su alma del revés”, es decir, que le habituaba a tener que considerar las realidades profundas exactamente al contrario de como era habitual. Pues no es habitual esta imagen de un Dios que no oprime al hombre, sino que más bien le libera de sus esclavitudes intelectuales y espirituales.

Es precisamente esta capacidad que tiene la figura de Newman, así como sus escritos, de mostrarnos a Dios como *mysterium tremendum*, como un misterio que nos fascina y nos atrae, la que explica el interés que sigue despertando su persona.

Hay un tema del mayor interés, que es el dedicado a la imaginación y el intelecto, donde se habla de la imaginación religiosa. Es precisamente esta la que es necesaria para llegar a captar ese *misterio fascinante* y que ya Newman reconocía como atrofiada en el hombre de su tiempo, habituado quizá a ciertas imágenes mentales respecto a lo religioso, depositadas por el cristianismo de siglos. Para explicar esta cuestión, el profesor Crosby acude muy acertadamente a la distinción newmaniana entre la aprehensión nocional y real de las proposiciones, y el asentimiento nocional y real a las mismas, contenido en la obra *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*.

Otra de las cuestiones que Crosby contempla en Newman como confluyente con el personalismo es su atención al corazón, reflejado en su lema cardenalicio: *cor ad cor loquitur*, ‘el corazón habla al corazón’. Newman fue un hombre que tenía una profunda cultura y, sin embargo, su refinamiento intelectual no le convierte en un intelectualista, en un defensor a ultranza de la razón frente a otras dimensiones de la persona. Una vez más, encontramos en él un equilibrio de elementos opuestos. Precisamente por tener ese profundo cultivo de la inteligencia, Newman se da cuenta de que esta es solo uno de los polos de la persona; sin caer, pues, en la frialdad y desconfianza del mundo clásico por los sentimientos y por la dimensión afectiva de la persona, el cardenal inglés pretendía hablar de corazón a corazón, lo cual le hace de nuevo entrar en diálogo con un filósofo contemporáneo como Dietrich von Hildebrand, autor de la obra *El corazón*. Newman fue un hombre capaz de comprender el corazón de los demás con tanta hondura precisamente *porque comprendía a fondo el suyo*.

Es así como Crosby desemboca en los siguientes temas de la obra: la influencia personal, el consentimiento racional, el abismo infinito de la existencia y el principio creativo de la religión; sobre el primero de ellos, un hombre como él, consciente de los tópicos y aun supersticiones a los que eran asociados los católicos ingleses de su tiempo por sus compatriotas anglicanos, no pierde el tiempo en disquisiciones inútiles; lo interesante no es cambiar los tópicos generales, fruto de la decantación de los siglos, sino más bien cambiar los tópicos del vecino. Es el *conocimiento personal* lo que importa, como fue lo decisivo desde el cristianismo naciente. Es esta dimensión la que cuenta también de cara a la educación, un asunto muy presente en la obra del Cardenal, quien escribió obras como *La Idea de la Universidad*. En este sentido, habla del “principio ateniense”, como una base fundamental de la transmisión educacional: lo que interesa es la influencia personal.

Se trata, en definitiva, de un estudio bien estructurado, en el que se refleja un hondo conocimiento de la vida y obra del Cardenal Newman y una gran capacidad para ponerle a dialogar con otros pensadores de su época y contemporáneos.

NIEVES GÓMEZ ÁLVAREZ